

NOSTALGIA

La noche agostea está calurosa y aperevante; por el azul transparente del cielo estival extiéndose los destellos de la Luna que parece entretenida en acoger en su manto fulgurante, a la pollada de lucerillos que traviesos corretean por el espacio, mientras ella rie, con una risa bondadosa y maternal.

Son días de feria en este bello rincón de la tierra andaluza, que tiene un cielo siempre azul y unas casas pequeñas, blancas y limpias, que son jaulas donde habitan las mujeres hermosas, los pajaritos cantarines y las flores que perfuman el ambiente.

En la hermosa Alameda, se han congregado las lindas muñachitas pueblerinas. Contemplo melancólico la fiesta simpática é inocente, cuando unos camaradas me requieren para el baile del Casino; les he rogado que me disculpen; prefiero la soledad de la playa donde gime el mar al desamor de la gente. Siento la nostalgia de Madrid, é insensiblemente evoco los gratos recuerdos que de la Corte guardo.

Las deliciosas tardes en la Bombilla y en las Ventas; los noviazgos modistiles; las noches estivales en el Recreo de la Castellana; las inolvidables verbenas; los encantadores rincones de la Mancha lejos de la balumba madrileña y unidos, encadenados a estos recuerdos, pasan por mi mente soñadora las imágenes de Pepita la planchadora de la calle del Tribulete y de Lulú bohemia, de Lulú cariñosa, de Lulú desinteresada que entrega su cuerpo divino y sus modestos ahorros a los pobrecillos estudiantes como ella maternalmente les llama.

¡Oh, Madrid, placentero, Madrid adorado, Madrid encantador! ¡Con qué generosidad derramas tu sana alegría en las almas juveniles! ¡Tu eres la amable medicina que cura la tristeza! ¡Tu eres una mujer bonita de reir píaro y andares pintureros, que a todos subyuga y atrae y enloquece y que para todos tiene una frase de amor, de esperanza y de consuelo.....!

ADELARDO M. LÓPEZ RIVAS

**DIEZ CUPONES**  
 COMO EL PRESENTE DAN DERECHO A UNA  
**IMPRENTACION**  
**HOLOGRAFICA**  
 Regalo de "IDEAL"

EL DESTINO

Larga y silenciosa fué la despedida. El hijo con los codos sobre la mesa y las manos en la cara, intentaba ocultar á la vista de su madre el copioso llanto que inundaba sus mejillas. La pobre madre, abutida, miraba de hito en hito á su hijo, por si aún podía hacerle desistir de tan penoso viaje.

Así pasó una hora; oyóse allá fuera, entrando por la puerta abierta de par en par, como si brotaran al pié de la onsa, agudo silvar de la locomotora, rezopidos de desagües de vapor, trepidaciones de tren y coincidiendo con éstos bruscos ruidos cercanos, aparecieron en el dintel de la puerta, numerosos vecinos y comadres que con sus ásperas voces anunciaron á Juan y su madre la hora de la partida. Sucedieron los abrazos de despedida, los lloriqueos y... más tarde el tren en marcha perdióse en la lejanía que cortaba en la remota distancia las ondulaciones de los montes, andenes, habiendo pasado por largo paseo de árboles, asomándose en cada uno de sus claros como si jugara al escondite; después mostró al descubierto todos sus coches en el boquete del paso á nivel, que con sus resoplidos y su humo borbotante, que quedó flotando en el espacio, era la única palpitación de vida avasalladora, en la gran seriedad de aquella mañana de primavera.

Para los que viven inmobilizados en un medio, como planta fija en la tierra, aún cuando hallen medios de subsistencia, todo tren que pasa es algo que va á lo desconocido, á lo que rompería su existencia monótona y siempre igual, como esos inviernos en que perdura días y días el cielo gris. Tal sucedió á Juan, cansado de la monotonía de la vida, en Lieja (Bélgica), donde ganaba un regular sueldo en las fábricas de armas. En su pensamiento vagaba una idea de marchar á lo desconocido, donde si la suerte le favorecía, volvería al cabo de unos años rico, que era el afán de toda su vida; así es que no le bastaron los ruegos de su pobre madre que quedaba sola; y aunque su corazón se lo dejaba en aquella casita donde nació, su imaginación no cesaba de repetirle «vé, tú destino te lo manda». Su deseo era llegar á Bruselas para continuar su viaje por Brujas; allí se embarcaría para la América, donde tanto compañero suyo hizo fortuna, y después regresaría á su tierra natal con sus aspiraciones realizadas.

Pasaron dos años. Un trasatlántico procedente de América acababa de anclar en el puerto de Brujas y cuyos pasajeros se apresuraron á desembarcar. Numerosos golfillos con su rollo de periódicos bajo el brazo izquierdo, y un número suelto en la mano derecha, interceptaban el paso al transeunte. Juan, aquel que vimos marchar dándose á su madre abandonada, acababa de desembarcar, con la satisfacción pintada en el semblante, aunque una pequeña duda le impedía su intranquilidad completa, pues carecía de noticias respecto á su madre, próximos los cuatro meses. Sin darse mera cuenta cogió un periódico y grande fué la sorpresa que le causó al leer en grandes letras «Conflagración Europea»; habiéndolo leído se apresuró á tomar el tren que le conduciría á Bruselas, donde avisaría á su madre su llegada. ¡Qué movimiento en Bruselas! Por calles y plazas solo se dejaba oír la Trase de «los alemanes». Numerosas tropas se apresuraban á marchar á la frontera del Este donde según se decía intentaban abrirse paso los alemanes y entrar á Francia. Inútil es decir los vehementes deseos de Juan por llegar á Lieja, donde se encontró su casita deshabitada pues su pobre madre falleció hacia ya dos meses. ¿Qué esperaba ya en la vida su madre á quien

62